

Capítulo

1

Legamos hechos una indecorosa maraña de bruja y vampiro. Matthew se encontraba debajo de mí, con sus largos miembros retorcidos en una inusitada e incómoda postura. Teníamos un enorme libro apretujado entre ambos y la brusquedad del aterrizaje había hecho que la pequeña figura de plata a la que me aferraba saliera rodando por el suelo.

—¿Estamos en el lugar correcto?

Tenía los ojos apretados con fuerza por si seguíamos en el almacén de lúpulo de Sarah, en el Nueva York del siglo XXI, en lugar de en el Oxfordshire del siglo XVI. Sin embargo, aquellas fragancias poco familiares me decían que no me hallaba en mi propia época, ni en mi propia casa. Olía a algo grasiento y dulce, y había un aroma ceroso que me recordaba al verano. Asimismo, pude percibir un penetrante olor a humo de leña y oír el crepitar de un fuego.

—Abre los ojos, Diana, y compruébalo por ti misma.

Noté el roce, leve como una pluma, de unos labios fríos que me acariciaban la mejilla, acompañado por una risilla sutil. Unos ojos del color del mar embravecido observaban los míos desde una cara tan pálida que solo podía pertenecer a un vampiro. Matthew me acarició el cuello con las manos, hasta llegar a los hombros.

—¿Estás bien?

Después de haber viajado tan lejos, hasta el pasado de Matthew, tenía la sensación de que mi cuerpo podría desmoronarse con una

ráfaga de viento. Nunca me había sentido así después de una de nuestras breves sesiones de paseos por el tiempo en casa de mi tía.

— Me encuentro bien. ¿Y tú?

Continué centrando mi atención en Matthew, en lugar de atreverme a echar un vistazo alrededor.

— Aliviado de estar en casa.

Matthew dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre las tablas de madera del suelo, con un suave golpe que hizo que los juncos y la lavanda esparcidos sobre ellas despidieran más aroma estival. Hasta en 1590, el Viejo Pabellón le resultaba familiar.

Mis ojos se adaptaron a la tenue luz. Logré enfocar una robusta cama, una mesa pequeña, unos bancos estrechos y una única silla. Más allá de los postes tallados que sujetaban el dosel del lecho, fisgué a través de una puerta que conectaba aquellos aposentos con otra habitación. La luz que manaba de ella se reflejaba sobre la colcha y el suelo, dibujando un deforme rectángulo dorado. Las paredes de la habitación tenían los mismos paneles de madera, hermosos y sencillos, que recordaba de las pocas veces que había visitado la casa de Matthew en la actualidad, en Woodstock. Incliné la cabeza hacia atrás y observé el techo, que estaba recubierto de una gruesa capa de yeso que formaba un artesonado de cuadrados. Una ostentosa rosa Tudor roja y blanca resaltaba sobre el dorado de cada uno de los huecos.

— Las rosas eran obligatorias cuando construyeron la casa — comentó Matthew secamente —. No las soporto. Las pintaremos todas de blanco en cuanto tengamos la más mínima oportunidad.

Las llamas doradas y azules de un candelabro se avivaron con una repentina corriente de aire, e iluminaron la esquina de un tapiz suntuosamente coloreado y las puntadas oscuras y lustrosas que perfilaban los motivos de hojas y frutas de la pálida colcha. Los tejidos modernos no tenían ese brillo.

Sonreí, súbitamente emocionada.

— Lo he conseguido de verdad. No la he liado ni nos he mandado a otro sitio, como Monticello o...

— No — dijo Matthew con una sonrisa a modo de respuesta —, lo has hecho de maravilla. Bienvenida a la Inglaterra isabelina.

Por primera vez en mi vida, estaba absolutamente encantada de ser una bruja. Como historiadora que era, estudiaba el pasado. Y, como era bruja, podía visitarlo de verdad. Habíamos viajado a 1590 para instruirme en las artes perdidas de la magia, aunque allí podía aprender muchísimas más cosas. Incliné la cabeza para celebrarlo con un beso, pero el sonido de una puerta al abrirse me lo impidió.

Matthew apretó un dedo contra mis labios. Giró la cabeza ligeramente y ensanchó las ventanas de la nariz. La tensión lo abandonó al reconocer quién estaba en la habitación de al lado, donde yo oía un vago susurro. Matthew nos levantó al libro y a mí en un limpio movimiento. Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta.

En el cuarto de al lado, un hombre de pelo castaño alborotado estaba de pie ante una mesa repleta de correspondencia. Tenía una estatura media, aspecto pulcro y un atuendo caro, hecho a medida. La canción que tarareaba no me resultaba familiar, y estaba salpicada aquí y allá de palabras pronunciadas en voz demasiado baja como para que pudiera oírlas.

El susto abandonó el rostro de Matthew antes de que sus labios se curvaran en una afectuosa sonrisa.

—¿Dónde te encuentras en realidad, mi dulce Matt?

El hombre levantó una hoja hacia la luz. De pronto, Matthew entornó los ojos y la indulgencia reemplazó al desagrado.

—¿Buscas algo, Kit? —Al oír las palabras de Matthew, el joven dejó caer el papel sobre la carta y se dio la vuelta, con la cara iluminada de alegría. Había visto antes aquel rostro, en mi ejemplar en rústica de *El judío de Malta*, de Christopher Marlowe.

—¡Matt! Pierre dijo que estabas en Chester y que era posible que no vinieras a casa. Pero yo sabía que no te perderías nuestra reunión anual.

Aunque conocía de sobra aquellas palabras, estas estaban envueltas en una extraña cadencia que hizo que tuviera que concentrarme en lo que estaba diciendo para poder entenderlas. El inglés isabelino no era tan diferente del inglés moderno como me habían enseñado, ni tan fácil de entender como me esperaba, teniendo en cuenta lo familiarizada que estaba con las obras de Shakespeare.

—¿Por qué no llevas barba? ¿Has estado enfermo?

Los ojos de Marlowe centellearon cuando se fijaron en mí, y me pellizcaron con una insistente presión que revelaba, sin lugar a dudas, que era un daimón.

Reprimí el impulso de apresurarme a acercarme a uno de los mejores dramaturgos de Inglaterra para estrecharle la mano antes de acribillarlo a preguntas. Los pocos datos que en su momento había sabido de él brotaban en mi mente ahora que lo tenía delante. ¿Alguna de sus obras se había representado en 1590? ¿Cuántos años tenía? Desde luego, era más joven que Matthew y que yo. Marlowe no podía llegar ni a los treinta. Le sonreí afectuosamente.

—¿De dónde demonios has sacado eso? —preguntó Marlowe, con una voz cargada de desdén. Miré por encima del hombro, esperando ver alguna espantosa obra de arte. No había nada más que espacio vacío.

Se refería a mí. Mi sonrisa flaqueó.

—Cuidado, Kit —dijo Matthew con el ceño fruncido.

Marlowe hizo caso omiso del reproche.

—No hay problema alguno. Llénate de ella antes de que lleguen los demás, si así ha de ser. George ya lleva aquí algún tiempo, por supuesto, alimentándose de tu comida y leyendo tus libros. Todavía no tiene mecenas y no posee ni un penique en su haber.

—George es bienvenido a disfrutar de todas mis posesiones, Kit. —Matthew siguió mirando al joven con expresión vacía mientras se llevaba nuestros dedos entrelazados a la boca—. Diana, este es mi querido amigo, Christopher Marlowe.

La presentación de Matthew le dio la oportunidad a Marlowe de analizarme más abiertamente. Me miró con atención desde los dedos de los pies hasta la coronilla. El desprecio del joven era evidente, aunque disimuló mejor sus celos. Marlowe estaba, efectivamente, enamorado de mi marido. Ya lo había sospechado en Madison, cuando mis dedos habían recorrido su dedicatoria en el ejemplar de Matthew de *Doctor Fausto*.

—Ignoraba que hubiera un lupanar en Woodstock especializado en mujeres larguiruchas. La mayoría de tus rameritas son más

delicadas y seductoras, Matthew. Esta es toda una amazona. — Kit se sorbió la nariz y miró por encima del hombro los desordenados montones de cartas que cubrían la superficie de la mesa—. Según las últimas noticias del Viejo Zorro, fueron los negocios más que la lujuria lo que te llevó al norte. ¿De dónde demonios has sacado tiempo para granjear sus servicios?

— Resulta extraordinaria, Kit, la facilidad con la que derrochas afecto — replicó Matthew, arrastrando las palabras, aunque había una nota de advertencia en su voz. Marlowe, aparentemente absorto en la correspondencia, no logró identificarla y sonrió con suficiencia. Los dedos de Matthew estrecharon con fuerza los míos.

— ¿Diana es su verdadero nombre o lo ha adoptado para potenciar su atractivo entre la clientela? Tal vez dejar el pecho derecho al desnudo o sujetar un arco y unas flechas dieran resultado — sugirió Marlowe, mientras cogía una hoja de papel—. Recuerda cuando Bess de Blackfriars nos pidió que la llamáramos Afrodita antes de dejarnos...

— Diana es mi esposa. — Matthew se había alejado de mí y ya no tenía la mano alrededor de la mía, sino retorcida sobre el cuello de la camisa de Marlowe.

— No. — La cara de Kit reveló su estupefacción.

— Sí. Eso significa que es la señora de esta casa, que lleva mi apellido y que se encuentra bajo mi protección. Teniendo en cuenta todo ello, y nuestra añeja amistad, por supuesto, ni una sola palabra de crítica o susurro contra su virtud saldrá de tus labios en el futuro.

Moví los dedos para volver a sentirlos. La irritación con la que Matthew me había apretado la mano había hecho que el anillo que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda se me clavara en la carne y me dejara una leve marca roja. A pesar de su ausencia de facetas, el diamante que tenía en medio reflejaba el calor de la lumbre. El anillo había sido un regalo inesperado de la madre de Matthew, Ysabeau. Hacía unas horas — ¿o hacía unos siglos?, ¿o dentro de unos siglos? — Matthew había repetido las palabras de la ancestral ceremonia nupcial y me había deslizado el diamante por los nudillos.

Con un repiqueteo de platos, dos vampiros aparecieron en la sala. Uno era un hombre esbelto de cara expresiva, piel curtida de color avellana y cabello y ojos negros. Sujetaba un cántaro de vino y un cáliz con un asa en forma de delfín, sobre cuya cola estaba en equilibrio el cuenco. La otra persona era una mujer enjuta que llevaba una fuente de pan y queso.

—Estáis en casa, milord —dijo el hombre, obviamente confundido. Extrañamente, su acento francés hacía que fuera más sencillo entenderle—. El mensajero del jueves dijo...

—He cambiado de planes, Pierre. —Matthew se volvió hacia la mujer—. Los enseres de mi esposa se han extraviado durante el viaje, Françoise, y las ropas que llevaba estaban tan sucias que las he quemado —mintió, con absoluta confianza. Aquello no pareció convencer ni a los vampiros ni a Kit.

—¿Vuestra esposa? —repitió Françoise, con un acento tan francés como el de Pierre—. Pero si es una br...

—Una sangre caliente —dijo Matthew, acabando por ella la frase mientras se apoderaba del cáliz que había en la bandeja—. Decidle a Charles que hay otra boca que alimentar. Diana no se encuentra bien últimamente y su médico le ha aconsejado tomar carne y pescado frescos. Alguien tendrá que ir al mercado, Pierre.

Pierre parpadeó.

—Sí, milord.

—Y necesitará algo que ponerse —observó Françoise, mirándome de forma evaluadora. Cuando Matthew asintió, ella desapareció y Pierre la siguió.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —Matthew levantó un rizo de color rojizo.

—Oh, no —murmuré. Alcé las manos. En lugar de mi pelo de siempre de color pajizo, que me llegaba a los hombros, mis dedos se tocaron inesperadamente con unos rizos de color dorado rojizo que me llegaban a la cintura. La última vez que mis cabellos habían cobrado vida propia había sido en la universidad, cuando había hecho de Ofelia en un montaje de *Hamlet*. Tanto entonces como ahora la insólita velocidad con que habían crecido y cambiado de tono no

presagiaba nada bueno. La bruja que había en mí se había despertado durante nuestro viaje al pasado. Quién sabía qué otros poderes mágicos se habrían desatado.

Los vampiros podían haber olido la adrenalina y el súbito incremento de ansiedad que acompañaron a dicha percepción, u oído la música que emitía mi sangre. Pero los daimones como Kit podían sentir el aumento de mi energía de bruja.

—Por los clavos de Cristo. —La sonrisa de Marlowe rebosaba malicia—. Has traído a casa a una bruja. ¿Qué maldad ha hecho?

—Déjalo, Kit. No es asunto tuyo. —La voz de Matthew adquirió de nuevo aquel tono de autoridad, pero sus dedos continuaron sosteniendo mi pelo con dulzura—. No te preocupes, *mon coeur*. Estoy seguro de que no es más que cansancio.

Mi sexto sentido fulguró en desacuerdo. La causa de aquella última transformación no podía ser simplemente la fatiga. Yo pertenecía a un linaje de brujas y todavía no estaba segura del verdadero alcance de los poderes que había heredado. Ni siquiera mi tía Sarah y su compañera, Emily Mather —ambas brujas—, habían sido capaces de saber a ciencia cierta cuáles eran ni cómo manejarlos. Las pruebas científicas de Matthew habían revelado que tenía marcadores genéticos que indicaban un gran potencial mágico en mi sangre, pero no había garantías de cuándo podría manifestarse dicho potencial, ni de si llegaría a hacerlo.

Antes de que me diera tiempo a preocuparme más, Françoise regresó con algo que parecía una aguja de zurcir y la boca llena de alfileres. Le acompañaba una pila de terciopelo andante, lana y lino. Las piernas ligeramente bronceadas que emergían por la parte de abajo del montón insinuaban que Pierre estaba enterrado dentro, en algún lugar.

—¿Para qué son? —pregunté recelosa, señalando los alfileres.

—Para meter a *madame* dentro de esto, por supuesto. —Françoise cogió una prenda de color marrón apagado que parecía un saco de harina de la parte superior del montón de ropa. No me parecía la mejor elección que podía hacer, aunque, con lo poco que yo sabía sobre moda isabelina, estaba a su merced.

—Vete abajo, al lugar que te corresponde, Kit —le dijo Matthew a su amigo—. Nos reuniremos contigo de inmediato. Y mantén la boca cerrada. Esta historia me corresponde contarla a mí, no a ti.

—Como quieras, Matthew. —Marlowe tiró del dobladillo de su jubón de color mora. Aquel gesto despreocupado se vio traicionado por el temblor de sus manos, e hizo una pequeña y burlona reverencia. El conciso movimiento respetaba y socavaba simultáneamente la autoridad de Matthew.

Cuando el daimón se hubo marchado, Françoise dejó el saco sobre un banco cercano y me rodeó, estudiando mi figura para determinar la línea de ataque más favorable. Con un suspiro de exasperación, empezó a vestirme. Matthew fue hacia la mesa, atraído por los montones de papeles desparramados por la superficie. Abrió un sobre rectangular pulcramente sellado con una gota de cera rosada y sus ojos revolotearon sobre la diminuta letra.

—*Dieu*. Lo había olvidado. ¡Pierre!

—¿Milord? —dijo una voz ahogada procedente de las profundidades de las telas.

—Deja eso y ponme al corriente de la última reclamación de *lady* Cromwell. —Matthew trataba a Pierre y a Françoise con una mezcla de familiaridad y autoridad. Si aquella era la forma en que se debía tratar a los sirvientes, iba a llevarme su tiempo dominar el arte.

Ambos se pusieron a murmurar al lado del fuego, mientras a mí me cubrían, me pinchaban y me constreñían para convertirme en algo presentable. Françoise chascó la lengua al ver mi único pendiente, hecho de hilos de oro entrelazados, que pendía junto con otras joyas que habían pertenecido en su momento a Ysabeau. Junto con el ejemplar de Matthew de *Doctor Fausto* y la pequeña figurita de plata de Diana, aquel pendiente era uno de los tres objetos que nos habían ayudado a regresar a ese momento en concreto del pasado. Françoise hurgó en un arcón cercano y encontró la pareja sin esfuerzo. Una vez solucionado lo de las joyas, me puso serpenteando unas gruesas medias por encima de las rodillas y las sujetó con lazos de color escarlata.

—Creo que estoy lista —dije, deseando ir al piso de abajo y empezar nuestra visita al siglo xvi. Leer libros sobre el pasado no era

lo mismo que vivirlo, como la breve interacción con Françoise y el curso acelerado sobre vestuario de la época habían demostrado.

Matthew supervisó mi aspecto.

—No está mal... por el momento.

—Está más que bien, parece modesta y pasará desapercibida —dijo Françoise—, que es exactamente el aspecto que una bruja debería tener en esta casa.

Matthew ignoró la declaración de Françoise y se volvió hacia mí.

—Antes de que bajemos, Diana, acuérdate de tener cuidado con lo que dices. Kit es un daimón y George sabe que soy un vampiro, pero hasta las criaturas más abiertas de mente temen lo nuevo y lo desconocido.

Abajo, en el salón principal, les deseé a George y al amigo de Matthew sin un penique y sin mecenas unas buenas tardes con aire formal y, a mi entender, adecuadamente isabelino.

—¿Esa mujer habla *inglés*? —George se quedó boquiabierto y alzó un par de anteojos que aumentaban sus ojos azules hasta tal punto que parecía una rana. Tenía la otra mano en la cadera, en una pose que había visto por última vez en un retrato en miniatura del museo Victoria and Albert.

—Ha estado viviendo en Chester —se apresuró a replicar Matthew. George parecía escéptico. Al parecer, ni los salvajes del norte de Inglaterra podían justificar los extraños patrones de mi discurso. El acento de Matthew se estaba suavizando hasta convertirse en algo que encajaba mejor con la cadencia y el timbre de la época, pero el mío continuaba siendo resueltamente moderno y estadounidense.

—Es una bruja —corrigió Kit, antes de beber un trago de vino.

—¿De verdad? —George me analizó con interés renovado. No noté ningún pellizco que indicara que aquel hombre fuera un daimón, ningún cosquilleo brujesco, ni los gélidos efectos secundarios que generaba la mirada de los vampiros. George no era más que un humano de sangre caliente normal y corriente, un humano de mediana edad con aspecto cansado, como si la vida ya lo hubiera dejado exhaus-

to—. Pero si a ti no te gustan las brujas más que a Kit, Matthew. Siempre me has disuadido de prestar atención a dicho tema. Cuando me propuse escribir un poema sobre Hécate, me dijiste que...

—Pues esta me gusta. Tanto que me he casado con ella —lo interrumpió Matthew, al tiempo que me obsequiaba con un beso en los labios que sirviera de ayuda para convencerlo.

—¡Te has casado con ella! —Los ojos de George miraron a Kit. Se aclaró la garganta—. Así que hay dos alegrías inesperadas que celebrar: que los negocios no te han retenido, como creía Pierre, y que has vuelto a nosotros con una esposa. Mis felicitaciones. —Su tono solemne me recordó a un discurso de graduación y contuve una sonrisa. George me devolvió la sonrisa e hizo una reverencia—. Soy George Chapman, señora Roydon.

Su nombre me resultaba familiar. Rebusqué entre los desorganizados conocimientos almacenados en mi cerebro histórico. Chapman no era ningún alquimista —esa era mi especialidad de investigación y no encontraba su nombre en los espacios dedicados a ese misterioso tema—. Se trataba de otro escritor, como Marlowe, pero no recordaba ninguna de sus obras.

Cuando dejamos a un lado las presentaciones, Matthew consintió en sentarse ante el fuego unos instantes con sus invitados. Allí, los hombres hablaron de política y George hizo un esfuerzo para incluirme en la conversación preguntándome por el estado de los caminos y del tiempo. Respondí lo mínimo posible e intenté seguir los pequeños trucos gestuales y elegir las palabras correctas que me ayudaran a pasar por una isabelina. George se deleitó con mi tentativa y la recompensó con una larga disertación sobre sus últimos esfuerzos literarios. Kit, a quien no le gustaba ser relegado a un segundo plano, puso fin a la charla de George ofreciéndose a leer en voz alta algún pasaje de *Doctor Fausto*.

—Será como un ensayo entre amigos —dijo el daimón, con ojos relucientes—, antes de la posterior representación real.

—Ahora no, Kit. Ya es mucho más de medianoche, y Diana está cansada del viaje —dijo Matthew, ayudándome a ponerme en pie.

Los ojos de Kit nos siguieron mientras abandonábamos la sala. Sabía que escondíamos algo. Había estado atento a cualquier giro extraño que pudiera darse en una frase cuando yo me había aventurado a entrar en la conversación y se había quedado pensativo cuando Matthew no pudo recordar dónde estaba su propio laúd.

Matthew me había advertido antes de dejar Madison que Kit era inusualmente perceptivo, incluso para ser un daimón. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que Marlowe se imaginara qué era lo que ocultábamos. La respuesta a mi pregunta llegó horas después.

A la mañana siguiente, estuvimos hablando en las profundidades de nuestra cama caliente mientras la casa se desperezaba.

Al principio, Matthew se mostró dispuesto a responder a mis preguntas sobre Kit (que resultó ser hijo de un zapatero) y George (que no era mucho mayor que Marlowe, para mi sorpresa). Cuando cambié de tema para hablar de los asuntos prácticos de la administración de la casa y el comportamiento femenino, sin embargo, se aburrió enseguida.

—¿Qué me dices de mi ropa? —pregunté, intentando conseguir que se centrara en mis preocupaciones inmediatas.

—No creo que las mujeres casadas duerman con eso —dijo Matthew, tirando de mi camisón de lino fino. Desató el arrugado cordón del cuello y estaba a punto de plantarme un beso bajo la oreja para convencerme de su punto de vista, cuando alguien abrió de golpe las cortinas de la cama. Entrecerré los ojos para protegerme de la radiante luz del sol.

—¿Y bien? —exigió Marlowe.

Un segundo daimón, de rostro moreno, fisgaba por encima del hombro de Marlowe. Parecía un duende lleno de energía, con aquella complexión menuda y su barbilla puntiaguda, acentuada por una barba de color caoba igualmente afilada. Estaba claro que su pelo no había visto un cepillo en semanas. Me aferré a la parte delantera del camisón, muy consciente de su transparencia y de que no llevaba ropa interior.

—Has visto los dibujos de Roanoke del señor White, Kit. La bruja no se parece nada a los nativos de Virginia —replicó el daimón

desconocido, contrariado. Con retraso, se percató de la presencia de Matthew, que lo estaba observando—. Oh. Buenos días, Matthew. ¿Me permitirías tomar prestado tu compás? Esta vez prometo no llevármelo al río.

Matthew bajó la frente hasta mi hombro y cerró los ojos con un gemido.

—Debe de ser del Nuevo Mundo... o de África —insistió Marlowe, negándose a llamarme por mi nombre—. No es de Chester, ni de Escocia, ni de Irlanda, ni de Gales, ni de Francia ni del Imperio. Tampoco creo que sea holandesa ni española.

—Buenos días a ti también, Tom. ¿Hay alguna razón por la que tú y Kit debáis discutir sobre el lugar de nacimiento de Diana en este preciso momento, y en mi dormitorio?

Matthew unió los lazos de mi camisón.

—Hace un día demasiado espléndido para quedarse en la cama, aunque hayas perdido el juicio con las fiebres. Kit dice que debes de haberte casado con la bruja en plena crisis febril. De no ser así, no habría manera de justificar tal temeridad. —Tom continuó parlotando como un verdadero daimón, sin molestarse en responder a la pregunta de Matthew—. Los caminos no estaban mojados y hemos llegado hace horas.

—Y el vino ya se ha acabado —protestó Marlowe.

«¿Hemos?». ¿Había más? Si el Viejo Pabellón ya parecía lleno a reventar.

—¡Fuera! *Madame* debe asearse antes de cumplimentar a su señoría. —Françoise entró en la habitación con una palangana humeante de agua entre las manos. Pierre, como siempre, la seguía.

—¿Ha sucedido algo trascendente? —preguntó George desde el otro lado de las cortinas. Había entrado en la habitación de improviso, frustrando claramente los esfuerzos de Françoise por ahuyentar al resto de los hombres fuera de la alcoba—. Han dejado solo a lord Northumberland en el salón principal. ¡Si fuera mi mecenas, yo no lo trataría así!

—Hal está leyendo un tratado que me ha enviado un matemático de Pisa sobre cómo construir una balanza. Está considerable-

mente complacido —replicó Tom enojado, sentándose en el borde de la cama.

Me di cuenta, emocionada, de que debía de estar hablando de Galileo. En 1590, Galileo era profesor de los primeros cursos de la Universidad de Pisa. Su trabajo sobre la balanza no había sido publicado... aún.

«Tom. Lord Northumberland. Alguien que se escribía con Galileo».

Mis labios se abrieron de asombro. El daimón que estaba sentado sobre el edredón acolchado debía de ser Thomas Harriot.

—Françoise tiene razón. Fuera. Todos —dijo Matthew. Parecía tan contrariado como Tom.

—¿Qué le decimos a Hal? —preguntó Kit, deslizando una significativa mirada en mi dirección.

—Que bajaré en breve —respondió Matthew. Acto seguido, se dio la vuelta y me atrajo hacia él.

Esperé a que los amigos de Matthew abandonaran la habitación antes de darle un golpe en el pecho.

—¿Y eso por qué? —Mi marido frunció el ceño en un fingido gesto de dolor, aunque lo único que estaba dolorido allí era mi propio puño.

—¡Por no decirme quiénes eran tus *amigos!* —Me incorporé sobre el codo y bajé la vista hacia Matthew—. El gran dramaturgo Christopher Marlowe. George Chapman, poeta y erudito. El matemático y astrónomo Thomas Harriot, si no estoy equivocada. ¡Y el brujo Earl está esperando abajo!

—No recuerdo cuándo Henry se ganó ese sobrenombre, pero nadie lo llama así todavía. —Matthew parecía divertido, lo que hizo que me pusiera más furiosa.

—Solo nos falta *sir* Walter Raleigh y tendremos a la Escuela de la Noche en pleno en casa. —Matthew miró por la ventana cuando mencioné a aquel legendario grupo de radicales, filósofos y librepensadores. Thomas Harriot. Christopher Marlowe. George Chapman. Walter Raleigh. Y...

—¿Quién *eres*, Matthew? —No se me había ocurrido preguntarle antes de partir.

—Matthew Roydon —dijo inclinando la cabeza, como si nos estuviéramos presentando en aquel momento—. Amigo de los poetas.

—Los historiadores apenas saben nada de ti —dije con asombro. Matthew Roydon era el personaje más enigmático relacionado con la misteriosa Escuela de la Noche.

—No te sorprenderá, ahora que sabes quién es realmente Matthew Roydon, ¿no? —inquirió, alzando una negra ceja.

—Esto lo suficientemente sorprendida como para que el asombro me dure toda la vida. Deberías haberme avisado antes de dejarme caer en medio de todo esto.

—¿Qué habrías hecho? Apenas tuvimos tiempo para vestirnos antes de irnos, como para llevar a cabo un proyecto de investigación. —Se sentó e hizo oscilar las piernas para ponerlas en el suelo. Nuestro momento de privacidad había sido lamentablemente breve—. No hay razón alguna para que te preocupes. Solo son hombres normales y corrientes, Diana.

Daba igual lo que Matthew dijera, no había nada de ordinario en ellos. La Escuela de la Noche tenía puntos de vista heréticos, se burlaba de la corte corrupta de la reina Isabel y se mofaba de las pretensiones intelectuales de la Iglesia y la universidad. Los integrantes de dicho grupo «estaban locos, eran malos y resultaba peligroso conocerlos», esa sería la definición exacta. No nos habíamos unido a una acogedora reunión de amigos en la noche de Halloween. Habíamos caído en un avispero de intrigas isabelinas.

—Dejando a un lado lo temerarios que puedan ser tus amigos, no puedes pretender que me comporte de modo displicente cuando me presentas a gente que me he pasado estudiando durante toda mi edad adulta —dije—. Thomas Harriot es uno de los astrónomos más importantes de la época. Tu amigo Henry Percy es alquimista. —Pierre, familiarizado con los síntomas de una mujer a punto de estallar, le pasó apresuradamente un par de calzones a mi marido para que no estuviera con las piernas al descubierto cuando mi rabia explotara.

—Y también Walter y Tom. —Matthew ignoró la ropa que le ofrecían y se rascó la barbilla—. Y Kit también hace sus pinitos, aun-

que sin demasiado éxito. Intenta no preocuparte por lo que sabes sobre ellos. De todos modos, es probable que no sea verdad. Y también deberías tener cuidado con las etiquetas históricas modernas —continuó diciendo, hasta que al final cogió los calzones y se los puso—. Will fantasea con que la Escuela de la Noche sirva para despotricar sobre Kit, pero aún tendrán que pasar algunos años.

—¡Me importa un bledo lo que William Shakespeare haya hecho, esté haciendo o vaya a hacer en el futuro, a no ser que esté en este momento abajo, en el salón principal, con el conde de Northumberland! —repliqué, levantándome de la cama alta.

—Claro que Will no está abajo. —Matthew agitó la mano con desdén—. Walter no aprueba sus exigencias, y Kit cree que es un escritorzuelo y un ladrón.

—Bueno, eso es un alivio. ¿Qué piensas contarles sobre mí? Marlowe sabe que escondemos algo.

Los ojos de color gris verdoso de Matthew se encontraron con los míos.

—La verdad, supongo. —Pierre le tendió un jubón negro con un intrincado guateado y se quedó mirando fijamente a un punto por encima de mi hombro, como el modelo perfecto de un buen sirviente—. Que eres una viajera del tiempo y una bruja del Nuevo Mundo.

—La verdad —dije rotundamente. Pierre pudo oír todas y cada una de las palabras, aunque no mostró reacción alguna, y Matthew lo ignoró como si fuera invisible. Me pregunté si nos quedaríamos lo suficiente como para que yo también llegara a hacer caso omiso de su presencia.

—¿Por qué no? Tom escribirá todo lo que digas y lo comparará con sus notas sobre las lenguas algonquinas. Por lo demás, nadie prestará demasiada atención. —Matthew parecía más preocupado por su ropa que por las reacciones de sus amigos.

Françoise regresó con dos muchachas de sangre caliente que llevaban los brazos llenos de ropa limpia. Señaló mi camisón y me oculté tras uno de los pilares de la cama para desvestirme. Agradecida de que el tiempo que había pasado en vestuarios hubiera elimina-

do mis reparos a la hora de cambiarme delante de desconocidos, levanté la prenda sobre las caderas y la subí hasta los hombros.

— Kit sí. Ha estado buscando alguna razón para tenerme antipatía y eso le proporcionará varias.

— Él no representará ningún problema — dijo Matthew con seguridad.

— ¿Marlowe es tu amigo o tu marioneta?

Todavía me estaba peleando para sacar la cabeza de la tela cuando oí un grito ahogado de horror, un «*Mon Dieu*» apagado.

Me quedé petrificada. Françoise me había visto la espalda y la cicatriz en forma de luna en cuarto creciente que se extendía desde un extremo de la parte inferior de mi caja torácica hasta el otro, además de la estrella que descansaba entre mis omóplatos.

— Yo vestiré a *madame* — dijo Françoise fríamente a las doncellas—. Dejad la ropa y volved a vuestras tareas.

Las doncellas se retiraron con una sencilla reverencia y una mirada de abierta curiosidad. No habían visto las marcas. Cuando se fueron, todos empezamos a hablar a la vez. El «¿Quién os ha hecho eso?» horrorizado de Françoise se superpuso al «Nadie debe saberlo» de Matthew y a mi «No es más que una cicatriz», pronunciado un tanto a la defensiva.

— Alguien os ha marcado con un símbolo de la familia De Clermont — insistió Françoise, sacudiendo la cabeza—, el que suele usar milord.

— Rompimos el pacto. — Luché contra la sensación nauseabunda que me encogía el estómago cada vez que pensaba en aquella noche en la que otra bruja me había marcado por traidora—. Ese fue el castigo de la Congregación.

— Así que esa es la razón por la que ambos estáis aquí — bufó Françoise—. El pacto fue una insensatez desde el principio. Philippe de Clermont nunca debió seguir adelante con él.

— Nos ha mantenido a salvo de los humanos. — No es que fuera muy partidaria ni del pacto ni de la Congregación de nueve miembros que lo hacía cumplir, pero era innegable el éxito que había logrado a largo plazo en lo que a evitar que las criaturas de otro mun-

do atrajeran una atención no deseada se refería. Las ancestrales promesas hechas entre los daimones, los vampiros y las brujas prohibían que estos se inmiscuyeran en temas de política o religión humanas y condenaban las alianzas personales entre las tres especies diferentes. Las brujas solo debían relacionarse entre ellas, al igual que los vampiros y los daimones. Se suponía que ninguno de ellos podía enamorarse ni casarse con un miembro de otro grupo.

—¿A salvo? No penséis que estáis a salvo aquí, *madame*. Ninguno de nosotros lo estamos. El inglés es un pueblo supersticioso, con tendencia a ver un fantasma en cada cementerio y brujas alrededor de cualquier caldero. La Congregación es todo lo que queda entre nosotros y la destrucción final. Ha sido sensato refugiarse aquí. Venid, debéis vestiros y uniros a los demás. —Françoise me ayudó a quitarme el camisón y me tendió una toalla húmeda y un plato de una sustancia viscosa que olía a romero y naranja. Se me hizo raro que me trataran como a una niña, pero sabía que era costumbre para la gente del rango de Matthew que los lavaran, los vistieran y los alimentaran como si fueran muñecos. Pierre le tendió a Matthew una copa de algo demasiado oscuro para ser vino.

—Además de bruja, ¿es también una *fileuse de temps*? —le preguntó Françoise a Matthew en voz queda. Aquella expresión poco familiar («hilandera de tiempo») convocó imágenes de los hilos de tantos colores diferentes que habíamos seguido para llegar a ese momento concreto del pasado.

—Así es. —Matthew asintió, sin dejar de mirarme mientras bebía de la copa.

—Pero si ha venido de otra época, eso significa... —empezó a decir Françoise, con los ojos abiertos de par en par. Entonces su expresión se volvió meditabunda. Matthew debía de estar hablando y comportándose de forma diferente.

«Sospecha que este no es el mismo Matthew», pensé alarmada.

—A nosotros nos basta con saber que está bajo la protección de milord —dijo Pierre bruscamente, con un claro tono de advertencia en la voz. Luego le tendió a Matthew una daga—. Lo que significa que no tiene importancia.

—Significa que la amo y que mi amor es correspondido.
 —Matthew observó a la sirvienta fijamente—. No importa lo que les diga a los demás, esa es la verdad. ¿Entendido?

—Sí —replicó Pierre, aunque su tono sugería más bien lo contrario.

Matthew le dirigió una mirada inquisitiva a Françoise, que frunció los labios y asintió a regañadientes.

Luego volvió a centrarse en arreglarme y me envolvió en una gruesa toalla de lino. Françoise tenía que haber visto las restantes marcas que tenía en el cuerpo, las que me habían hecho durante el transcurso de aquel interminable día con la bruja Satu, además de mis otras cicatrices, más recientes. Françoise no hizo más preguntas, sin embargo, y en lugar de ello me obligó a sentarme en una silla al lado del fuego mientras me peinaba el cabello.

—¿Y esa afrenta se produjo después de que declararais vuestro amor por la bruja, milord? —preguntó Françoise.

—Sí.

Matthew se ciñó la hebilla de la daga a la cintura.

—Entonces no fue un *manjasang* quien la marcó —murmuró Pierre, usando la antigua denominación occitana para los vampiros: «comedor de sangre»—. Nadie osaría despertar la ira de los De Clermont.

—No, fue otra bruja. —Aunque estaba al resguardo del aire frío, aquella afirmación hizo que me estremeciera.

—Sin embargo, había dos *manjasang* presentes que permitieron que sucediera —dijo Matthew con gravedad— y pagarán por ello.

—Lo hecho, hecho está. —No tenía deseo alguno de hacer que se iniciara una disputa entre vampiros. Ya teníamos que enfrentarnos a suficientes desafíos.

—Si milord os había tomado como esposa cuando la bruja os raptó, no está todo hecho. —Los rápidos dedos de Françoise tejieron mis cabellos en unas apretadas trenzas. Me las enroscó alrededor de la cabeza y las sujetó en su lugar—. Puede que vuestro apellido sea Roydon en este país dejado de la mano de Dios donde no existe la lealtad, pero nunca olvidaremos que sois una De Clermont.

La madre de Matthew me había advertido de que los De Clermont eran una manada. En pleno siglo XXI, me irritaban las obligaciones y las restricciones que se derivaban de formar parte de ella. En 1590, sin embargo, mi magia era impredecible, mis conocimientos de brujería apenas inexistentes y mi ancestro más remoto conocido todavía no había nacido. No tenía nada en qué apoyarme, salvo en mi propio juicio y en Matthew.

—Entonces las intenciones que teníamos el uno para con el otro estaban claras. Pero ahora no quiero problemas. —Bajé la vista hacia el anillo de Ysabeau y toqué la cinta con el pulgar. Mi esperanza de poder integrarnos sin problemas en el pasado ahora me parecía tan poco probable como ingenua. Eché un vistazo alrededor—. Y esto...

—Solo estamos aquí por dos razones, Diana: encontrar un maestro para ti y localizar ese manuscrito alquímico, si podemos. —Se refería al misterioso manuscrito denominado Ashmole 782, que era lo que nos había unido al principio. En el siglo XXI, estaba a buen recaudo enterrado entre los millones de libros de la biblioteca Bodleiana de Oxford. Cuando rellené la ficha de solicitud, no tenía ni idea de que aquella simple acción desataría un complejo conjuro que anclaba el manuscrito a las estanterías, ni que ese mismo hechizo se reactivaría en el momento en que lo devolviera. También ignoraba los muchos secretos sobre brujas, vampiros y daimones que se rumoreaba que revelarían sus páginas. Matthew había pensado que sería más inteligente tratar de localizar el Ashmole 782 en el pasado que pretender desatar el hechizo por segunda vez en el mundo moderno.

—Hasta que regresemos, este será tu hogar —añadió, intentando reconfortarme.

Los robustos muebles de la habitación me sonaban de los museos y de los catálogos de subastas, pero en el Viejo Pabellón nunca podría sentirme como en casa. Palpé el lino grueso de la toalla, tan diferente a los descoloridos juegos de felpa que Sarah y Em tenían, todos ellos desgastados y finos de tantos lavados. Oí el tono cantarín de unas voces en otra habitación que se mecían a un ritmo que ninguna persona moderna, ya fuera historiadora o no, se habría espera-

do. Pero el pasado era nuestra única opción. Los otros vampiros lo habían dejado claro durante los últimos días que habíamos pasado en Madison, en los que no habían dejado de perseguirnos y habían estado a punto de matar a Matthew. Para que el resto de nuestro plan funcionara, pasar por una auténtica mujer isabelina tenía que ser mi principal prioridad.

—«¡Espléndido es el Nuevo Mundo!». —Era una flagrante transgresión histórica citar *La tempestad* de Shakespeare dos décadas antes de que esta fuera escrita, pero había sido una mañana dura.

—«Nuevo para vos» —respondió Matthew—. ¿Lista para enfrentarte al problema, entonces?

—Por supuesto. Vamos a vestirnos. —Eché hacia atrás los hombros y me levanté de la silla—. ¿Cómo se saluda a un conde?